



¡Dominus vobiscum!

Escenario: un vagón de tercera.

Personajes: tres obreros que van a trabajar al pantano de Sietemontes. Hablan de Rusia, de la cuarta Internacional, de Trotsk, y, Lenin y demás fieras rusas. Cada tres palabras una blasfemia, dos blasfemias, tres blasfemias, en fin usa cloaca sin tapadera.

—¡Vilaflea, cinco minutos!

Y sube un cura. Primero asoma un pie largo, luego una sotana corta, una teja como un paraguas, un tórax atlético y unas manos como dos porras.

Al verle entrar en el vagón, resuena en tono burlesco de canto llano:

—¡Dominus vobiscum!

Arranca el tren.

El cura deja en el asiento que halló vacío, un fardito con ropas y libros, y se dirige flechado hacia el filarmónico discípulo de Palestrina.

Le ven venir con aire resuelto, y juzgan que no es de los curas que callan ante el insulto. Disimulan, pero la procesión les anda por dentro.

El cura se les pone a tiro de bota. Mientras tanto, tragan saliva y la nuez correspondiente a cada garrate sube y baja como manzana en garguero de avestruz.

Momento de angustia fué el que se inició cuando vieron al sacerdote que se arremangaba los puños de la sotana y recogía bajo el brazo su martillo. Pensaron en una triptice alianza, en una entente belicosa defensiva. Los puños del clérigo parecían por su gordura guantes de boxeo.

Antes de dar comienzo al mach, según ellos presumían, les dijo con cara de pocos amigos:

—Dos cosas puedo hacer aquí, o romperos las muelas para que salgáis a buscarlas por la ventanilla, o añadiré dulcificando el gesto—dareis una lección de latín. Elegid.

El menos asustado se atrevió a contestar:

—Señor cura, el latín es mejor. Somos muy brutos.

—De acuerdo. La lección será cortita. ¿Vais muy lejos?

—A Sietemontes.

—Hay tiempo para todo.—Y se sentó junto a ellos, como entre buenos amigos.—Os voy a traducir dos palabras, dos nada más; me las habéis cantado en buen canto llano, aunque con tono burlesco.

—¿Dominus vobiscum?

—Eas. ¿Sabéis lo que significa? ¿No? Dominus vobiscum quiere decir, el Señor con vosotros: que vive entero y verdadero en vuestros corazones. Que sois tan honrados, tan cristianos, tan devotos, que el nombre de Dios sale de vuestros labios, porque mora en vuestra alma, que es templo vivo de su Divina Majestad.

—¡!

—Y ahora decidme, ¿en qué forma sale Dios de vuestra boca? No me lo digáis, porque lo sé. Sois blasfemos, ¿no es verdad?

—Sí, señor.—dijeron a torcedo, pero muy pianísimo.

—¿Y cuántas veces lo echáis de vosotros...? ¿Cada diez minutos?

—Señor cura, cada cinco.

—Pues, ¿cómo ha de estar con vosotros, infelices, si lo echáis a cada instante como un inquilino molesto? Se os ha ido, hijos míos, y muy triste, y temiendo no volver, porque ¿quién piensa dar nueva entrada a un amigo, si tapa la puerta con una montaña de basura?

Los oyentes escuchaban llenos de vergüenza.

—Dominus vobiscum significa que sois personas morales, no según los sabios de levita y escuela laica, sino según los curas y el catecismo. ¿Y sabéis la doctrina cristiana, rezar, ir a misa?

—No, señor, quién se acuerda de eso?

—Dominus vobiscum significa que Cristo reina en vuestra casa, con los honores de un Rey, o si queréis con los de un Presidente de república—por que vosotros seréis republicanos.

—Y socialistas comunistas.

—Sí, apellidos que honran a la familia. Dominus vobiscum significa que vivís con la conciencia tranquila, que no os jugáis el jornal, que no bebéis hasta emborracharos, que no maltratáis a vuestra mujer, casada con vosotros por la iglesia, que si sois solteros, no cometéis pecados de soltería. Dominus vobiscum significa que no rabiáis ante el auto del amo, al veros de a pié, que no queréis pegar fuego a los conventos y mercedarios a los frailes asados a la parrilla, que no tenéis pistola para asaltar, ni deseáis tenerla, que es pecado mortal de pensamiento. Me parece que os lo he dicho todo. Ahora ¿deseáis que Dios vuelva a vosotros?

Se miraron.

—Ven conmigo, tú, el primero... el que me cantó la sofa... ah... en aquel rincón desocupado.

No hay que decir que lo confesó, después de prepararlo debidamente.

Al aprovechado discípulo de Palestrina, le siguió el segundo y el tercero, como en la jota de las Ratas de La Gran Vía. Aquel cura era brujo, tenía en los ojos esa luz que arrastra, que hipnotiza, que en lenguaje cristiano es santidad, celo, amor de Dios y compasión de las almas.

—Sietemontes, diez minutos!

Hubo un revoltijo de abrazos cordiales entre el cura y los viajeros, y ya en el andén, se volvió el cantor y repitió esta vez con devoción y cara de gracia de Dios:

—¡Dominus vobiscum!

—Et cum spiritu tuo—contestó el señor cura echándose la bendición y llorando de santa alegría.

Pedro de Arlanza.

DOS NOTICIAS

Dos noticias nos han llamado poderosamente la atención entre las circuladas estos días con motivo del desembarco en Alhucemas y recibimiento de las tropas del batallón del Infante: una que nos gusta, otra que no nos gusta.

LA QUE NOS GUSTA

Dice así un telegrama enviado por Primo de Rivera al Excmo. Cardenal Reig:

«Me satisfaca poder comunicar a Vuestra Eminencia, después de recorrer el campamento donde viven y trabajan, día y noche, 18.000 hombres, que no he oído ninguna blasfemia y, en cambio, he visto sobre muchos desabrochados pechos varoniles ostentar medallas y distintivos de encendidos sentimientos religiosos.»

¡Bravos soldados españoles, que a la vez que valientes creen en Dios!

Esa nota dada por los soldados y publicada por Primo de Rivera, es muy española y muy cristiana. Demuestra que los héroes de Axdir son hermanos de carne y sangre de los héroes de Lepanto.

LA QUE NO NOS GUSTA

Un minuto de silencio por los muertos en campaña. En Zaragoza se ha guardado un minuto de silencio por los muertos en la actual lucha de Marruecos. En el momento de la llegada a la plaza de la Constitución, centro de la Ciudad sonó un toque de silencio y los millares de almas enmudecieron.

Esto será muy de última moda, pero es muy poco cristiano.

Por los muertos se reza.

Una coincidencia quitó el carácter laico a esa extraña forma de honrar a los muertos.

Aspenas había sonado el toque de silencio y enmudecido la multitud sonaron rezos, graves, solemnes las campanadas del Angelus...

El hielo del laicismo se rompió y la multitud rezó devota.

Aquello, mi General, es muy español y muy cristiano; esto, señores míos, es usanza extranjera, que no la comprendemos sino se cristianiza «caliando para rezar.»

L. Almarcha.

Con la ayuda de Dios

Cuentan que el General Primo de Rivera fia mucho en su suerte personal. Hace bien. La suerte es personal intransferible; pero la suerte, que entra por mucho, no lo es todo, ni se aprovecha sin saber aprovecharla. Es decir que la suerte es un factor pero nada más. ¡Que Dios lo conserve la suerte al general de todas las maneras, si de tal modo ha de recaer en los intereses de la Patria!

Pero también cuentan, que el general Primo de Rivera espera en Dios el triunfo, poniendo él los medios. Y en esto ya se puede creer mejor.

Alguien muy allegado al marqués de Estella, cuenta también que le escribe en los momentos más difíciles porque atraviesa al acometer determinadas empresas: *Tú confía en Dios, y salvarás a España!*

De estas cosas, no faltará quien se ría. O quien se sonría. Hay de todo. Pero cuantos lean los proclamas del general, habrá pedido advertir, que no falta nunca en ellas la invocación a la divina protección.

«Con la ayuda de Dios» «Si Dios favorece a nuestras armas» y frases análogas son corrientes en el lenguaje oficial del Presidente del Directorio.

Y esto es lo que a nosotros, que también creemos en Dios primero que en ninguna otra cosa humana, nos hace concebir la esperanza del triunfo, porque así es como se habla, y así como se debe hablar no sólo en el recinto del hogar sino en las manifestaciones de la vida pública.

Mirabal

Peregrino ciego ante el Papa

Una nota profundamente sentimental ha puesto en la peregrinación austriaca a Roma el corresponsal de «El Correo Catalán».

Al recibir a esta peregrinación Su Santidad Pio XI observó, que un joven alto y simpático se postraba cerca de él, llevando unas gafas negras. Entonces el Obispo austriaco Mons. Wolny, que preside la peregrinación, dijo a Su Santidad que aquel joven era ciego a causa de la guerra

con Rusia y que todo su afán, su grandísimo anhelo era acercarse hasta oír la voz del Vicario de Jesucristo, pues, desgraciadamente, bien sabía que jamás podría recobrar la vista ni ver, por lo tanto, los tesoros del arte, ni las Basílicas que constituyen otros atractivos insuperables de la ciudad de los Papas.

Su Santidad quedó en suspenso algunos instantes contemplando al infeliz joven a cuyo alrededor se cernía una negra noche que jamás tendrá fin. Después, con ademán bien cariñoso, le preguntó por su salud, por su familia y quien le acompañaba.

—Mi hermana, contestó el ciego, sonriendo agradecido. Tengo una gran alegría—añadió dirigiéndose al Papa—puesto que oigo la voz del Vicario de Jesucristo por cuya mediación gustosísimo ofrezco al Altísimo todo el sacrificio que para un joven representa la pérdida de la vista.

—¡Ah!—añadió compasivo el Papa.—No estás solo, porque todos estamos ciegos y andamos a tientas en esta vida. Para ti y para todos no surgirá la verdadera luz hasta que pasemos a la vida eterna, radiante de grandezas y de felicidades incabables que nada se parecen a estas terrenas, que sólo duran a ratos, o mejor dicho son fugaces olvidos de la pena que nos rodea. Tú, buen hijo, te has sacrificado por la patria y justo es que Dios te depare otra mejor, más grande y sin fronteras, sin ambiciones, ni luchas, ni engañosos afanes de terrena felicidad...

Esta patria celestial, que para ti deseo, haz esfuerzos para merecerla, que Dios, que es la misericordia y la compasión misma, te dará por su parte fuerza para lograrla.

Y todo esto lo dijo Pio XI con acentos de dulzura tal y poniendo cariñosamente sobre la espalda del ciego la mano, que se conmovieron profundamente todos los demás peregrinos».

A nuestros abonados

En casi todos los números nos devuelve el Correo paquetes que por haberselos rotola faja con la dirección no son entregados a sus destinatarios. Con este motivo, rogamos a nuestros abonados que nos lo comuniquen para que se les vuelva a enviar.

CASOS Y COSAS

¡Por fin se van convenciendo en Europa de que aun quedan españoles, herederos del Cid!

Ha sido menester que el caballo blanco de Santiago haya entrado, brioso, por las tierras de Axdir, venciendo rápidamente a los moros.

Pensaban los extranjeros que los tercios de Flandes habían acabado en mantequilla de idem.

No, señores, no.

La mantequilla eran los políticos del liberalismo importado; los extranjerizantes, que se habían empeñado en convertir a España en una colonia espiritual de Francia o Inglaterra con todos los defectos de la política de esos pueblos y sin ninguna de sus virtudes.

Apenas un patriota de cepa española ha dicho: ¡Santiago, cierra España! y ha embestido con la gallardía de nuestros célebres capitanes, la victoria ha sonreído a España y la bandera española ha ondeado sobre la casa de Abd-el-Krim, al que, dice un escritor, Primo de Rivera ha convertido en un Adb-el Nadie.

España si se la gobierna en español será grande.

Repárese ahora el lector en este comentario. Mientras España ha sido gobernada por los políticos que la han querido extranjerizar, Europa no ha conocido a España ni se ha ocupado más que de su leyenda negra; se nos ha despreciado teniéndonos como país débil, agotado espiritual y materialmente.

Arrojando del poder a los extranjerizantes, gobernando más a la española, mirando cara a cara a las demás naciones europeas, España deja de ser el país de la historia negra y comienza a recibir su renombre y a pesar en la balanza del mundo.

El pueblo español se ha estremecido de entusiasmo en el recibimiento triunfal del batallón del Infante.

Todo Madrid y toda España aplaudió... menos los antiguos prohombres políticos.

¿Es que vitorear al ejército que ha

derramado su sangre y ha luchado valiente y victoriosamente por el honor de España no merece el aplauso general sin distinción de banderías?

¿O es que los prohombres de la vieja política tienen en menos el honor de la patria que sus resentimientos personales?

¡Aunque no han hecho falta!

Realmente, si ese día miraron en su rededor y observaron la soledad en que se encuentran, debieron sentir frío... el frío de los cadáveres insepultos.

Primo de Rivera ha dicho que seguirá tres años más. ¡Y seguirá sin nuevas Cortes!

¡Tres años más sin hablar!

¿Qué van a hacer de sus gargantas los canarios del Parlamento?

El ayuno de oratoria va a ser largo.

Cuando llegue la hora, si llega, de exclamar «Señores diputados» van a tener que estar ensayando una buena temporada antes.

Y decimos: «si llega», porque el parlamantarismo está dando las bequeadas en todo el mundo, hasta en la joven América.

El siglo XIX fué el siglo de la verborrea; el XX es del silencio.

Lo impone así la convalecencia de la grave enfermedad pasada.

Los revolucionarios van a erigir una estatua al asesino del Archiduque de Austria, al autor del crimen que fué la causa del conflicto europeo.

¡Una estatua a un asesino!

Es lo único que faltaba a las estatuas para desacreditarse.

Esos no se contentan con abolir la pena de muerte, si no que encima quieren levantar monumentos a los asesinos.

Y luego dicen que no progresan los tiempos.

¡Vaya si progresan!

Como los cangrejos...

A. Hernán.

Los hombres soberbios que desprecian a sus hermanos hacense despreciables a los ojos de Dios.

Baile de caridad

Es una fiesta en nombre de los pobres, un placer en nombre del dolor, una felicidad en nombre de la desgracia.

Semejante prodigio lo debemos a la profunda caridad que se anida en el fondo insondable de unos cuantos corazones sensibles...

La caridad, no había encontrado más que dos maneras de ejercerse.

No sabía más que llorar con el afligido o partir el pan con el desamparado.

Esto es: consolaba o socorría.

O lo que es lo mismo: unas veces daba, y tomaba otras veces.

Daba la limosna de su bolsillo, el pan de su mesa, y tomaba del infeliz a quien socorría la parte de pena necesaria para dejarle consolado.

Una caridad que se ocultaba, que se escondía como si se avergonzara de sus obras, no era digna de este siglo de la publicidad.

Una caridad sin joyas, sin coches, sin encajes, es ciertamente una caridad demasiado infeliz.

La tristeza, la compasión y la pena que despierta en el alma el espectáculo de las ajenas desdichas, prorrumpen hoy en magníficos bailes, estalla en soberbias fiestas y se deshace en alegría, en placer, en vanidad, en lujo.

Tristeza que se perfuma, compasión que baila, pena que se divierte.

¡Ah! ¿Por qué la caridad ha de tener las lágrimas en los ojos, la tristeza en el semblante y la pena en el alma?

¿Por qué la caridad ha de ser modesta?

O mejor dicho:

¿Por qué la modestia ha de ser una virtud?

¿Por qué no hemos de levantar la tierna bondad de nuestros corazones sobre el brillo de nuestros placeres?

Hablemos con franqueza:

—¿Qué es caridad?

—La caridad es la primera de las virtudes; consiste sencillamente en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a si mismo.

Perfectamente: pero ¿quién ha dicho que el moverse, ya en una direc-

eión, ya en otra, ya a la vez en todas direcciones, es aborrecer al autor de todas las cosas? ¿No bailó David delante del arca? Amar al prójimo como a sí mismo. ¡Santo cielo! ¿Dónde se ama al prójimo más que en un baile? Y bien, ¿por qué bailar no ha de ser una obra de misericordia? ¿por qué la virtud no ha de ser una fiesta? ¿por qué el placer no ha de ser compañía?

¡Ah!... ¡seríamos todos tan virtuosos!...

Cuatrecientas personas, todas escogidas, se reunieron allí a dar al mundo, público testimonio de la sensibilidad de sus corazones.

Habían acudido presurosas a la cita de un baile, con puntualidad consoladora.

¡Qué esmero en la caprichosa variedad de los adornos!

¡Qué gusto en la riqueza de los vestidos!

¡Qué gracia en el encanto de aquellas sonrisas!

¡Qué fuego en los relámpagos de aquellas miradas!

¡Qué afición en aquella alegría!

¡El buffet, espléndido!

¡La orquesta, incomparable!

¡Qué vals aquél! ¡qué polkas aquellas! ¡qué animación, qué regocijo, qué lujo, qué magnificencia!

Es decir:
¡¡Qué solicitud por los pobres!!

El valor de la religión

Diversos sistemas

de alumbrado

Existen diversos sistemas de alumbrado: la llama de la candela, el petróleo, el gas, la luz eléctrica; pero todos son vencidos por el gran manantial de luz que tenemos en el sol.

En efecto, este no sólo ilumina, sino que además irradia el color y despliega la vida; el sol hace brotar las flores; y reverdece los árboles, le da frondosidad y les hace producir flores y frutos que sirven para nuestra alimentación.

Pues bien, cuanto aventaja el sol a todas las demás fuentes de luz, tanto aventaja la religión a los otros medios de instruir la inteligencia, como

leer, escribir, contar, etc.; pues por estos medios los hombres no conquistan más que conocimientos útiles para la vida temporal, mientras que la religión nos suministra medios que conducen a la vida eterna.

Mal discurren, pues, los que dicen que la religión es negocio privado o puramente accesorio; por el contrario, la religión es el asunto más importante en que pueden ocuparse los hombres.

Sin la religión los hombres viven a oscuras; con la religión entran en un mundo de luz.

LA IGLESIA

La Iglesia es como el sol, suspendido en la bóveda de cielos, hace miles de años, siempre el mismo en su esencia, siempre vario en sus irradiaciones, blanco en la aurora, espléndido al medio día, resplandeciente en las auroras meribundas de la tarde.

Con sola su Cruz, pasea todos los países y recorre todos los climas; que el genio diverso de los pueblos la diversifique, siempre sigue sin que las pútridas emanaciones de la tierra alteren su pureza, sin que las nubes que amontosa el averno extingan sus fulgores.

Si la persegais, triunfa; si la halagáis, triunfa; si la miráis con indiferencia, triunfa también. Tiene luz y vida propia, resiste el ambiente de los tugurios, lo mismo que el perfume de los palacios y gasta los fingidos desdenes de la neutralidad.

Verdaguer.

La verdadera felicidad

Entre los hombres se tiene por feliz aquél a quien nada le sucede contra su voluntad. Pues bien, esto acontece a quien en todo se sujeta a lo divino, por que nada sucede contra la voluntad de Dios, y como la del tal hombre es la de Dios, tampoco sucede nada, contra la suya. Las enfermedades y calamidades las recibe con alegría, *por que Dios lo quiere*. Como si estuviera sentado sobre una alta roca en medio de la mar, se alegra de ver estallar a sus pies las olas de la contradicción, manteniéndose inmóvil en medio de la misma movilidad; de aquí aquella serenidad del alma, paz insalterable y dominio pacífico de sí mismos que vamos en los verdaderos siervos de Dios, pues gozan de anticipado paraíso.

Combate decisivo

Aunque nuestro enemigo busca y aprovecha toda la vida las ocasiones para devorar en cierto modo nuestras almas, pero ningún tiempo hay en que pone en juego todas sus fuerzas y astucia para perdernos enteramente y aún para hacernos desconfiar de la misericordia divina, como cuando ve que se acerca el fin de nuestra vida.
—Concilio Tridentino.

La religión y el infierno

No quiero odios ni rencillas;
no quiero infames palabras;
pediré perdón si ofendo;
perdonaré si me agravian;
No hay religión más sublime
que la religión cristiana;
por eso es la verdadera;
porque es la única que manda
amar a Dios y a los hombres
con todo el fuego del alma;
¡oh que mandato tan dulce!
¡que razón tuvo la Santa
que dijo que era el infierno
un lugar donde no se ama!

L. R. de V.

OBRAS

de

D. Adolfo Clavero

Edición completa
nuevamente ilustrada

Van publicados 9 tomos.

Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción...	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " " "
Un cuarto id.	1 " " "
Un octavo id.	50 " " "

Per medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la Península.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR Bellot 3, Orihuela (Alicante) pueda hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica Calle de Zorrilla, duplicado.

Imp. La Lectura Popular.-ORIHUELA